

Hegemonía nacionalista y constitución del sujeto ensayístico en Cerro Nativo de Carlos B. Quiroga

Nationalist hegemony and constitution of the essayist subject in Cerro Nativo de Carlos B. Quiroga

Marilina Aibar

Universidad Nacional de Catamarca

aibar9@hotmail.com

Resumen

Publicada en 1924, *Cerro Nativo* es una obra presentada por su autor, Carlos B. Quiroga, como un “ensayo panpsiquista” cuyo fin es el de dar a conocer “la expresión social de una parte de un pueblo, en su íntimo enlace con el medio natural poderoso donde se ha formado y vive” (p. 9). El texto en su conjunto manifiesta, a través de la mirada del autor, una cuidada exaltación de los paisajes y entornos locales. En virtud de esta intención elogiosa, el presente trabajo propone reflexionar en torno a los vínculos que el texto entabla con la literatura nacionalista y analizar los quiebres que la técnica discursiva presenta respecto de la ‘Generación del Centenario’. Para entablar tal diálogo, nos apoyaremos en algunos postulados teóricos de la sociología literaria como campo intelectual, hegemonía y contra-hegemonía.

Palabras-clave

Cerro Nativo. Ensayo. Hegemonía. Sociología literaria

Abstract

Published in 1924, Cerro Nativo is a work presented by its author, Carlos B. Quiroga, as a "psychic essay" whose purpose is to make known "the social expression of a part of a people, in its intimate link with the powerful natural environment where it has been formed and lives" (p. 9). The text as a whole manifests, through the author's gaze, a careful exaltation of landscapes and local environments. By virtue of this flattering intention, this paper proposes to reflect on the links that the text establishes with the nationalist literature and the breaks that the discursive technique presents with respect to the 'Centennial Generation'. To enter into such a dialogue, we will rely on some theoretical postulates of literary sociology as an intellectual field and hegemony.

Key words

Cerro Nativo. Essay. Hegemony. Literary sociology

Introducción

Hacia finales del Siglo XIX se vivieron en Argentina profundas modificaciones en el plano social, económico e intelectual. La creciente inmigración, el desarrollo urbanístico de los grandes centros de poder político y, entre otros factores, la profesionalización del oficio de escritor tuvieron una notable influencia en el surgimiento de una tendencia nacionalista que, con la llegada del Centenario de la Patria, alcanzaría madurez en el ámbito cultural. La reivindicación de lo autóctono y la búsqueda de un ser nacional serían una constante en muchas obras literarias de la época. En este contexto, Carlos B. Quiroga publica *Cerro nativo* (1924), libro en cuyo prólogo el autor sostiene haber escrito un ensayo “panpsiquista” producto de la observación de cómo un medio natural refracta y refleja la formación social de un pueblo. El texto “abarca el todo del que Cerro Nativo es una parte, y observa la religión, el pensamiento filosófico, el arte, la vida del fenómeno social, para descubrir la psicología de un pueblo” (Quiroga, 1924, p.10). En el presente trabajo nos proponemos reflexionar, desde la óptica de la sociología literaria, cómo se manifiesta esa reivindicación de lo autóctono y de qué manera, a través de un peculiar sujeto ensayístico, se articulan lo discursivo con lo cultural. Para esto, nos apoyaremos en los presupuestos teóricos de Pierre Bourdieu y Raymond Williams en torno a las nociones de campo intelectual, hegemonía y contrahegemonía para relacionarlos luego con la constitución del sujeto ensayístico.

Desarrollo

Los primeros años del Siglo XX resultaron de vital importancia para la emergencia de una reacción nacionalista frente a la creciente influencia de la inmigración en todos los ámbitos de la vida social del país. En el plano cultural, la llegada del centenario de la patria reafirmó la búsqueda de un ser nacional desde la producción literaria y las prácticas pedagógicas. Se comenzarían a formar así una serie de imágenes en el inconsciente colectivo referentes a un ideario propio y autóctono:

Es decir que las novedades de la reacción nacionalista del Centenario y los mitos culturales y literarios que generaría, se insertan en una secuencia donde las imágenes y valores depositados implicaban, en muchos casos, un viraje respecto de los que presidieron la construcción de la Argentina moderna. Así sucedería, por ejemplo, con la imagen de la inmigración que, de agente del progreso, se transformaría en la portadora de una nueva barbarie (Altamirano y Sarlo, 1997, p. 183).

A pesar de que en los años posteriores la conformación del campo intelectual presentaría algunas variaciones en virtud de las apariciones de las vanguardias literarias, en líneas generales la tendencia nacionalista continuaría ocupando un lugar de privilegio dentro de las producciones culturales y sus mecanismos de difusión. Recordemos que Bourdieu propuso la noción de campo intelectual a fin de diferenciar, de entre todos los ámbitos del quehacer humano, una actividad propiamente intelectual caracterizada por una particular forma de legitimidad y cuya lógica de consagración puede mantener cierta independencia respecto del poder político, económico y religioso. (Altamirano y Sarlo, 1997). Dicho a grandes rasgos, los campos constituyen espacios de luchas en los que los agentes mantienen disputas internas por hacerse de posiciones privilegiadas. Cuando el centro del campo presenta un entramado consistente y orgánico, es decir, cuando en las posiciones centrales se observa un predominio de determinados autores, temas o estilos se está en presencia de un movimiento hegemónico.

Hegemonía nacionalista y constitución del sujeto ensayístico en *Cerro Nativo* de Carlos B. Quiroga

Marilyna Aibar

pp. 66-73.

Cabe traer a cuento, en este sentido, las consideraciones de Raymond Williams (1980), quien, en lugar de concebir la cultura como proceso de producción y difusión de valores, la analizó en su calidad de campo material en permanente renovación y transformación. Asimismo, al poner en correspondencia las condiciones materiales de existencia frente a las manifestaciones del universo social, la cultura entraña un campo complejo tanto en lo que respecta a su organización como al flujo de variaciones que ponen en juego su función social. Las convenciones que la cultura despliega para regular el control que una clase opera sobre otra, cobran relevancia. La tensión originada entre lo establecido y lo nuevo suscita para Williams un modo viable de pensar lo hegemónico y lo contra hegemónico.

Dentro de este proceso activo lo hegemónico debe ser visto como algo más que una simple transmisión de una dominación (inmodificable). Por el contrario, todo proceso hegemónico debe estar en un estado especialmente alerta y receptivo hacia las alternativas y la oposición que cuestiona o amenaza su dominación. La realidad del proceso cultural debe incluir siempre los esfuerzos y contribuciones de los que de un modo u otro se hallan fuera o al margen de los términos que plantea la hegemonía específica (Williams, 1980, p. 135).

La hegemonía cultural constituye un sistema de significados o formas de ver el mundo a partir de los cuales el poder es impuesto por una clase a través del consenso. Se difunde por medio de la educación, la religión y los medios comunicativos. La visión de Gramsci (tomada por Williams) subraya que la hegemonía no es un proceso acabado ni uniforme, sino va a generar choques, rupturas y conflictos a partir de los planteos contra hegemónicos que colisionan en la sociedad, las prácticas culturales y el discurso.

La cultura dominante, por así decirlo, produce y limita a la vez sus propias formas de contracultura. Hay una mayor evidencia de la que normalmente admitimos en esta concepción [...]. Sin embargo, existe una variación evidente en tipos específicos de orden social y en el carácter de la alternativa correspondiente y de las formaciones de oposición. Sería un error descuidar la importancia de las obras y de las ideas que, aunque claramente afectadas por los límites y las presiones hegemónicas, constituyen –al menos en parte– rupturas significativas respecto de ellas y, también en parte, pueden ser neutralizadas, reducidas o incorporadas, y en lo que se refiere a sus elementos más activos se manifiestan, no obstante, independientes y originales (Williams, 1980, p. 136).

Williams (1980) señala que la hegemonía se presenta siempre como un proceso efectivo de experiencias, relaciones y actividades que poseen límites concretos y fluctuantes. Su estructura interna se compone de elementos en constante tensión, ya sea por imitación o rechazo. Esto implica que su entramado sea permanentemente renovado, recreado defendido y modificado. Asimismo, la hegemonía “es continuamente resistida, limitada, alterada y desafiada por presiones que de ningún modo le son propias” (p. 134). Dichas presiones, pues, conciernen a lo que se conoce como contrahegemonía, movimiento que surge en los márgenes del campo intelectual y que pugna por alcanzar una posición de privilegio.

Puede decirse, entonces, que todas las variantes del nacionalismo cultural que se manifestaron en las primeras décadas del siglo XX constituyen una tendencia hegemónica cuya situación privilegiada responde, en buena medida, a la intervención de políticas estatales, esto es, al influjo de un poder ajeno a la lógica del campo intelectual. Sin embargo, no todas las producciones literarias han seguido las líneas directrices del dominio nacionalista. Es más, algunas producciones como *Cerro Nativo* marcan ciertas fisuras con las tendencias hegemónicas, no en cuanto a los temas y al contenido, sino en lo que a técnica enunciativa se refiere.

Buena parte de los autores que inscribieron sus obras dentro de esta línea hegemónica se inclinaron por la producción de ensayos. “El ensayo se convirtió en un género extremadamente idóneo para otorgar sentidos confiables al momento de crisis y definir en qué zonas de la sociedad y de la historia radicaba la verdad de lo nacional” (Saitta, 2010, p. 10).

En este contexto, podemos enmarcar al texto *Cerro Nativo*, obra publicada en 1924 y presentada por su autor, Carlos B. Quiroga, como un “ensayo para dar a conocer la expresión social de un pueblo, en su íntimo enlace con el medio natural poderoso donde se ha formado y vive” (p. 9). El cóndor; las montañas que rodean la ciudad capital; el carnaval de Belén; árboles tales como el tala, el quebracho, el algarrobo; plantas medicinales como el cedrón, el poleo y la salvia son objetos de atención de un prolijo observador que mira el paisaje, contempla tipos sociales (al chayero, por ejemplo) o registra hechos populares como procesiones, una votación o un espanto.

En general el texto realiza una serie de operaciones con el fin de “indagar la consciencia espiritual de la nacionalidad” (Quiroga, 1924, p. 248). En este sentido, -ya acotamos- el estilo, los temas y el tono no resultan extraños si pensamos en las descripciones ‘autóctonas’ tan propias de la Generación del Centenario:

El palo borracho es el Baco de las plantas. Falsas ramas brotan de su enorme abdomen. Revela la incontinencia de su materia fofa y abundante. Es como los bigardos bebedores y gastrónomos para quienes no hay nada bueno en la vida sino el comer y el beber (Quiroga, 1924, p. 139).

Sin embargo, ciertas innovaciones respecto del sujeto ensayístico, de alguna manera contrahegemónicas, es preciso destacar.

- 1) El ensayo está escrito en tercera persona como si el enunciador pretendiera distanciarse del relato.

Arenas Cruz en *Hacia una teoría general del ensayo* (1997) señala que en el ensayo es una convención “la presencia en el texto del deíctico /yo/, como indicio gramatical de una enunciación de personalidad donde el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado convergen en una voz productora del discurso” (p. 43). O sea, el ensayo exige la primera persona para que el yo de la enunciación contenga (por así decir) al sujeto del enunciado y se responsabilice no solo de lo que dice sino de la verosimilitud de sus dichos.

No es el caso del texto objeto de nuestra atención. A pesar de que el enunciador pretende escribir un ensayo “panpsiquista”¹, el discurso de *Cerro nativo* exhibe un marcado predominio de la tercera persona; lo que da como resultado que el registro descriptivo atraviese el texto priorizando la conformación de cuadros visuales o escenas:

Igual simplicidad generosa muestran los arboles copudos atemperando todo rigor del clima, que de por sí no es mucho, al reprimir la intemperie, al moderar con blando vaivén cualquier impetuosidad del viento, al tranquilizar el ambiente, al sombrear a tal extremo los callejones tortuosos y jamás resecos, que el sol se queda en las copas entretenido con los caprichos de las últimas ramificaciones y con el mentir acariciador y femenino de las hojas. (Quiroga, 1924, p. 86)

¹ Según la RAE el pansiquismo o panpsiquismo es una “teoría según la cual toda la realidad está constituida por propiedades y atributos de lo psíquico”.

- 2) Otra cuestión extraña es que aun cuando predomina la tercera persona, en algunas oportunidades –pocas– se mezcla el yo especulativo del ensayo con el sujeto intimista del registro autobiográfico.

Conturbado por la grandiosidad de todo, el cielo, tierra y tradición, confesé un nuevo credo: “! el cerro es Dios i” me bajé de la mula y, de pie sobre la cumbre, cara a lo infinito, me parecía olfatear el misterio. (Quiroga, 1924, p. 45)

Siendo yo aún niño, y él hombre entrado apenas en la vejez, lo he visto temblar de espanto una noche de tempestad. Por sobre la quebrada, tocando ambas cimas, cruzaban transversalmente pardas nubes en desfiles. (Quiroga, 1924, p. 230)

Lejeune (1994) en *El pacto autobiográfico y otros textos*, subraya que para que haya autobiografía es necesario que coincidan la identidad del *autor*, la del *narrador* y la del *personaje principal del relato* (p. 52). Contadas son las ocasiones en las que el sujeto de la enunciación abandona la tercera persona y se sitúa a nivel del enunciado para que coincidan las tres personas de las que habla Lejeune. En estos casos, la descripción deja lugar a pequeños núcleos narrativos, en los que el *yo* rememora vivencias y se torna personaje central de la reflexión. A partir del nombre propio del autor y de todas las representaciones que acarrea, los lectores podemos hacer coincidir las identidades de esos sujetos intratextuales –de la enunciación y del enunciado– con la del productor empírico y creer que Quiroga revestido de la función autor es quien en efecto dice “me bajé de la mula”. Aunque en la obra no abunden estos fragmentos de tenor narrativo, su incorporación conlleva un matiz autobiográfico.

- 3) Un focalizador que no solo filtra la observación sino ‘impresiones’ deja entrever atisbos de subjetividad. En un relato tradicional se esperarí que un narrador tercera persona utilice un personaje para que este haga suyo un punto de vista. Y el focalizador podrá coincidir o no con el narrador. En Cerro Nativo el punto de vista se amalgama a un enunciadore que no opina o expone como en el ensayo canónico sino que observa. El enunciadore (sin ser personaje, es decir sin llevar a cabo acciones) coloca en el lente un objetivo concreto y da la impresión que saca una foto. Detiene una imagen o pinta una escena.

Vuelta la vista sobre la montaña gigantesca, me llenó de estupor la enormidad de la materia acumulada desde la época en que la costra planetaria se arremolinaba en pesadas ondas solivadas por ingente fuerza, [...] y pude ver cercanas y a nivel, o pocos más altas o bajas, las cumbres que desde el llano aparecen eminentísimas (Quiroga, 1924, p. 45)

Yo he podido observar en el hijo genuino de la montaña, el desprendimiento generoso del que nada tiene (Quiroga, 1924, p. 68).

Así, por ejemplo, he observado en alturas y anfractuosidades donde no podía haber cultivo alguno, y hasta donde el agua falta, sobre las grandes rocas (Quiroga, 1924, p. 204).

Aquí el enunciadore astutamente utiliza la primera persona para instaurar un foco observador a través del cual filtrará la información que recibe el lector. En este sentido, son de suma importancia los verbos de percepción visual y locuciones equivalentes –“la vista”, “pude ver”, “Yo he podido observar”, “he observado”–.

Asimismo, se recurre a la doble adjetivación o doble sustantivación –como en “simplicidad generosa”–; “–alturas y anfractuosidades–”. De igual manera se prefiere la utilización de verbos en el presente del indicativo –“muestran”– y de formas infinitivas

–“reprimir”, “moderar”, “tranquilizar”, “sombrear”–. Si bien estos recursos no evidencian una subjetividad plena en el momento que actualizan las descripciones en el presente de la enunciación y en la medida que dramatizan las escenas haciéndonos participar de ellas, favorecen la preeminencia de un ángulo personal o un tamiz subjetivo. Por otro lado, ayudan a la recreación de imágenes visuales lo que contribuye a que el lector haga coincidir el hacer cognitivo y perceptivo del enunciador con el suyo propio. Es decir, a partir del punto de vista del foco enunciativo el lector se conecta con el paisaje, pero también con la circunstancia social y cultural del focalizador. La vista y la distancia que parecen impuestas al relato cobran más relevancia que el decir.

- 4) La función social que un enunciador tercera persona le otorga al cerro nativo constituye otra marca de una perspectiva contrahegemónica. En todo caso, es esperable que ‘alguien’ se atribuya una opinión tan significativa como esta. Sin embargo, el texto dice así:

El Cerro ejerce su función social embelleciendo con ese arte sano y tonificante la vida. Respiralo el alma como el pulmón el oxigenado ambiente y difúndase en las innumerables ramificaciones de la vida interna como el puro oxígeno en los vasos capilares para enriquecer y purificar la sangre (Quiroga, 1924, p. 245).

En el ejemplo dado, resulta interesante la comparación del cerro con la vida interna del cuerpo pues la montaña es un organismo vivo que alimenta el alma social y, también, resulta curiosa la función del imperativo (segunda persona o tercera persona) pues funciona como un performativo: al tiempo que enuncia lo que dice realiza la acción que significa. ¿Cuál es el efecto de esta performativización discursiva? Sin duda, pretende influir en la percepción del lector. El discurso debe dar vida al cerro, a la cultura, a la geografía. Al respirar y ramificar la vida, el discurso oxigena y purifica la sangre de la sociedad. Entonces, la función social del cerro es una metáfora de la cultura como vida y patrimonio.

¿Qué indican estas innovaciones en la enunciación? En primer lugar que el enunciador, en alguna medida, se ha apartado de las normas impuestas por la Generación del Centenario. Quiroga, escritor nacido en Catamarca pero residente en Buenos Aires, por un lado, parece haberse plegado a las prescripciones impuestas por la centralidad porteña, pero por otro, ha intentado desarrollar una idea autónoma del quehacer literario. Tal vez en el afán de buscar un lugar propio en el campo intelectual o quizás porque al momento de escribir ha estado alejado geográficamente y temporalmente de la cultura provinciana objeto de especulación. Sea como fuere, la construcción del sujeto ensayístico implica una innovación que resiste la hegemonía centralizada. La técnica discursiva, en este sentido, se pone al servicio de la cultura provinciana en tanto coloca al enunciador en un segundo plano de importancia para beneficiar al paisaje, las costumbres y el hombre que habita Catamarca.

- 5) Otro aspecto que concierne al enunciador de *Cerro Nativo* y que lo distingue frente a otras producciones ensayísticas de la época se encuentra en el uso de los signos de puntuación. Este recurso parece escapar a la norma hegemónica que acostumbra exhibir empleos mesurados. El efecto de tal utilización de los signos gráficos –que se repite con cierta asiduidad a lo largo de la obra– se observa en el alto grado de implicación que experimenta el lector, pues, por un lado, se ve involucrado por la dinámica propia de la interrogación retórica y, por el otro, su atención es captada en la medida en que las numerosas exclamaciones desautomatizan la percepción de la lectura:

¿Quién no dio a la patria o entregó a la barbarie, entonces, una gata de sangre? ¿Quién no era propietario de una tropilla, por lo menos, de ganado mayor, o de una rendidora majada de cabríos? ¿Quién poseía la tierra por minúsculas parcelas, como ahora? ¿Quién tenía que someterse a la voluntad ajena por imperio de las necesidades de la vida? [...] ¡Milagro hubiera sido que no los hubiese! ¡Pero guay de los falsos señores! ¡Guay de los que hicieron de su poder un encadenamiento de pequeñeces físicas y morales! ¡Apaleaban, mataban: estaba bien, para eso eran ellos! (p. 175).

La forma de citar los textos que enriquecen la cultura del enunciador configura una variable contrahegemónica. Al igual que conglomerara los signos gráficos, acumula citas en estilo directo:

Ya había notado aquella circunstancia el arqueólogo Lafone Quevedo cuando dijo: “En América las civilizaciones se tocan unas con otras, están en las montañas”. Y Humboldt, en su *Sitios de las cordilleras*: “cuando los españoles descendieron u ocuparon el nuevo mundo, eran los de las montañas los más adelantados de los pueblos de América”. González, por su parte, clama lleno de fervor patriótico: “si mi patria no olvidara que hacia el occidente se levantan las cumbres más elevadas de América, que por ellas cruzaron las legiones, con cuanta claridad parecería sobre el fondo azul del firmamento la visión del porvenir”. (p. 78)

Por un lado, este modo de traer voces ajenas al discurso propio pone de manifiesto la competencia y la posición que el enunciador toma frente a la tradición literaria y científica, pero por otro, denota la polifonía de la prosa que se muestra intensa mientras el discurso teje puentes y ramificaciones con la cultura. El arte en sus palabras ofrece un espejo vivaz en el que se refleja la literatura del centenario. Si bien la invención no parte de la nada –siempre esta contextualizada– la concentración de signos gráficos y citas provoca un ritmo discursivo, en cierta medida, curioso e imprevisible. Como si el enunciador quisiera llamar la atención del lector a través de ‘queiebres’ o ‘golpes’ lingüísticos.

6) El uso de las notas a pie de página presenta otro rasgo innovador:

Aprovecho la nota para salvar por última vez, lo que a la cuestión económica se refiere. Podríase argüir que lo que cambió la vida de las nuevas generaciones fueron causas económicas generales para el país, que la nueva vida permitió la embriaguez consuetudinaria y que por lo tanto el factor es causa de esta. Contesto que no trato del factor económico como causa remota y general (p. 181).

No es usual que una nota al pie reflexione acerca de la funcionalidad de los aciertos o yerros en los que incursiona el narrador respecto de su relato. La metatextualidad constituye una estrategia propia de lo Posmoderno. Sin embargo, aquí el enunciador deja la tercera persona y habla –desde un ‘yo’– acerca de la relación entre el discurso y la realidad. La discusión entre lo que él sostiene y lo que la realidad muestra irrumpe en la enunciación. Así, aunque descarte, en principio, el hecho de que el factor económico sea una causa general termina por dejar un espacio para insinuar lo contrario.

Conclusión

Como hemos visto, el enunciador de *Cerro Nativo* aunque exhibe algunos resabios de registros autobiográficos deja escasas huellas de su presencia. Se comporta más bien como un ‘focalizador’ que transmite impresiones. Asimismo, la cuidada exaltación de los paisajes

locales y la idea de atribuir al cerro una función social inscriben la obra en la tendencia hegemónica nacionalista de la literatura del Centenario. Ciertamente, *Cerro Nativo* forma parte de un entramado homogéneo del campo intelectual argentino de principios del Siglo XX. La reivindicación de lo autóctono y la visión romántica de los entornos físicos que realiza Quiroga forman parte de esos procedimientos y temáticas dominantes en la época.

Por otra parte, el hecho de que el texto se enmarque en un género marcadamente subjetivo y que, sin embargo, haya escasa utilización de la primera persona da la pauta de que el enunciador, en un movimiento contra hegemónico, se ubica en un segundo plano respecto de lo que le interesa destacar: la belleza y espiritualidad de su provincia natal. Asimismo, a nivel enunciativo la posición del focalizador, el carácter performativo del lenguaje, la aglutinación de citas y signos gráficos y la metatextualidad producen que el texto quiebre con las convenciones del género y con los mandatos dominantes de la época.

Bibliografía

- Altamirano C. y Sarlo B. (1997). *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Arenas Cruz, E. (1997). *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Benveniste, É. (1999). *Problemas de lingüística general II*. Trad. J. Almela. México: Siglo veintiuno editores.
- Genette, G. (1998). *Nuevo discurso del relato*. Madrid: Cátedra.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros textos*. Madrid: Megazul-Enymoin.
- Quiroga, C. (1924). *Cerro Nativo*. Buenos Aires: Ediciones de Nuestra América.
- Saítta S. (2012). "La cultura, 1930-1960", en *Argentina. Mirando hacia adentro*, tomo IV. 1930/1960, de América Latina en la historia contemporánea dirigida por Jorge Gelman, Madrid, Págs. 245-310. Recuperado de [https://www.academia.edu/11949133/La cultura argentina 1930-1960](https://www.academia.edu/11949133/La_cultura_argentina_1930-1960)
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Madrid: Península.